

*Barba empapada de sangre*

DANIEL GALERA

Traducción de  
Mercedes Vaquero Granados



LITERATURA RANDOM HOUSE

*Cuando mi tío murió yo tenía diecisiete años y lo conocía solo a través de fotografías antiguas. Por algún motivo insondable, mis padres decían que la iniciativa de la visita debía partir de él y se negaban a llevarme al litoral catarinense con ese propósito. Tenía curiosidad por saber quién era él y llegué a pasar muy cerca de Garopaba, donde vivía, pero al final siempre lo fui dejando para más adelante. Durante la adolescencia, el resto de la vida parece una eternidad y suponemos que sobrará tiempo para todo. Su muerte tardó en llegar a oídos de mi padre, que estaba de retiro en una cabaña en la sierra paulista intentando concluir una nueva novela. Mi tío murió ahogado al tratar de rescatar a una bañista que un día de resaca aterradora, con olas de tres metros que rompían en la costa, se había caído de las piedras en la playa de Ferrugem. La bañista se agarró a una boya y otros socorristas la auxiliaron enseguida. Nunca encontraron el cadáver de mi tío. En Garopaba se celebró un entierro simbólico al que asistimos. Mi madre me mostró el lugar donde se encontraba el primer apartamento en el que él había vivido, hoy demolido. En las fotos de aquella época se ve el pequeño edificio beis de dos pisos con terraza, situado justo frente al mar, sobre las piedras. Aún no había edificios altos al borde de la playa y uno todavía podía bañarse en el mar. La población del centro histórico, que a día de hoy sigue declarado patrimonio de Brasil, aún vivía en parte de la pesca artesanal, que desapareció para dar cabida a los paseos turísticos. Conocimos a su viuda, una mujer de piel muy blanca cubierta de tatuajes descoloridos, y a sus dos hijos pequeños, niño y niña, ambos con los ojos azules de la madre. Mis primos. Al entierro acudió poca gente. Mi madre tuvo una crisis de llanto incomprensible y después pasó cerca de media hora mirando al mar y hablando sola, o conversando con alguien. Había otras personas mirando el mar, como si esperasen algo, y tuve la ex-*

traña impresión de que todas estaban pensando en mi tío, aunque lo describieran como una persona encerrada en sí misma y poco conocida, un remanente de otra época. Se me ocurrió grabar declaraciones sobre él, y mis padres me permitieron pasar unos días a solas en la ciudad. Nadie conocía íntimamente a mi tío, pero todos parecían tener algo que decir sobre él. A comienzos de la década pasada, abrió un pequeño local donde daba clases de pilates y estiramientos. Casi todos lo recuerdan como entrenador de triatlón y, al parecer, preparó a media docena de campeones estatales y nacionales. Durante la temporada de verano abandonaba las actividades a las que se dedicaba el resto del año para trabajar de socorrista. Al atardecer, tras una jornada de doce horas rescatando a gente, atendiendo casos de insolación y picaduras de medusa, y caminando bajo el sol brutal de una región del sur desprovista de capa de ozono, lo veían nadar solo, al fondo, ajeno a mares inquietos, fuertes lluvias y anocheceres precipitados. Era un hombre solitario, pero en algún momento se casó con esa mujer que nadie sabía de dónde había salido y construyó una casita en la ladera de uno de los montes de la llamada Volta do Ambrósio. Todos los que recuerdan a mi tío de los viejos tiempos mencionan un perro cojo que sabía nadar como un delfín y se adentraba con él en el mar. Y lo que podemos llamar hechos terminan ahí. El resto de los testimonios está compuesto de una superposición caleidoscópica de rumores, leyendas y narraciones pintorescas. Decían que era capaz de aguantar diez minutos bajo el agua sin respirar. Que el perro que lo seguía a todas partes era inmortal. Que se había enzarzado, desarmado, en una pelea con diez nativos al mismo tiempo y había vencido. Que nadaba por las noches de playa en playa y lo veían salir del mar en lugares apartados. Que había matado a gente y que por eso era discreto y retraído. Que ofrecía ayuda a cualquier persona que fuera en su busca. Que habitaba aquellas playas desde siempre y que las habitaría para siempre. Más de una o dos personas dijeron que no creían que estuviera realmente muerto.

## PRIMERA PARTE



1

Ve una nariz ancha y grande, reluciente y agujereada como la piel de una mandarina. Boca extrañamente joven entre mentón y mejillas, llenos de finas arrugas, piel un poco flácida. Barba afeitada. Orejas enormes con lóbulos aún más grandes, que parecen estirados por el propio peso. Iris color café aguado en medio de ojos lascivos y relajados. Tres surcos profundos en la frente, horizontales, perfectamente paralelos y equidistantes. Dientes amarillentos. Pelo rubio abundante rompiendo en una sola onda por encima de la cabeza y cayendo hacia atrás, hasta la base de la nuca. Sus ojos recorren todos los cuadrantes de esa cara en el intervalo de una respiración y puede jurar que no ha visto a esa persona en toda su vida, pero sabe que es su padre porque no vive nadie más en esa finca de Viamão y porque a la derecha del hombre sentado en el sillón está tumbada, con la cabeza erguida, la perra azulada que lo acompaña desde hace muchos años.

¿Qué cara es esa?

Su padre solo esboza una sonrisa, el chiste es viejo, da la respuesta habitual.

La misma de siempre.

Ahora se fija en su ropa, un pantalón de sastre color gris oscuro y una camisa azul de manga larga remangada hasta los codos, empapada en sudor por debajo de los brazos y por encima de la barriga redonda, en las sandalias que parecen haber sido escogidas a la fuerza, como si solo el calor le hubiera impedido calzar zapatos de cuero, y también en la botella de

coñac francés y en el revólver que descansan sobre una mesita al lado del sillón reclinable.

Siéntate ahí, dice su padre, señalando con la cabeza el sofá de piel sintética blanco de dos plazas.

Acaba de comenzar febrero e, independientemente de lo que digan los termómetros, la sensación térmica en Porto Alegre y alrededores es de más de cuarenta grados. Al llegar, vio que los dos lapachos que montan guardia frente a la casa estaban cargados de hojas y padecían en el aire inmóvil. La última vez que estuvo allí aún era primavera, sus copas floridas color violeta y amarillo temblaban con el viento frío. Todavía dentro del coche pasó por el parral sembrado a la izquierda de la casa y divisó numerosos racimos de uvas pequeñas. Uno podía imaginarlas rezumando azúcar tras meses de sequía y calor. La finca no había cambiado nada en esos pocos meses, nunca cambiaba, un rectángulo plano cubierto de capín al borde de la carretera de tierra con el pequeño campo de fútbol jamás utilizado entregado a la dejadez habitual, los ladridos irritantes de otro perro en la calle, la puerta de la casa abierta.

¿Dónde está la camioneta?

La vendí.

¿Por qué tienes un revólver en la mesita?

Es una pistola.

¿Por qué tienes una pistola en la mesita?

Al ruido de una moto en la carretera se suman los ladridos de Bagre, roncós como el carraspeo de un fumador impenitente. Su padre frunce el ceño. No soporta a ese chucho insolente y ruidoso y solo lo conserva por sentido de la responsabilidad. Puedes abandonar a un hijo, a un hermano, a un padre, seguramente a una mujer, hay circunstancias en las que todo eso está justificado, pero no tienes derecho a abandonar a un perro después de cuidar de él durante cierto tiempo, le explicó su padre cuando todavía era un niño y toda la familia vivía en una casa en Ipanema por la que pasaron media docena de perros. Los perros abdicán para siempre de una parte

de su instinto para vivir con las personas, y jamás vuelven a recuperarlo del todo. Un perro fiel es un animal lisiado. Es un pacto que nosotros no podemos deshacer. Aunque sea raro, el perro puede romperlo. Pero el hombre no tiene ese derecho, decía su padre. Por lo tanto, la tos seca de Bagre debía soportarse. Es lo que ahora hacen los dos, su padre y Beta, la vieja pastora australiana echada a su lado, de hecho una perra admirable, inteligente y circunspecta, fuerte y musculosa como un jabalí.

¿Cómo te va la vida, hijo?

¿Y ese revólver? Pistola.

Pareces cansado.

Estoy un poco cansado, sí. Estoy entrenando a un tío para el Ironman. Un médico. El tipo es bueno. Magnífico nadador, se las está arreglando bien con lo demás. Su bicicleta pesa siete kilos con neumáticos, una de esas vale unos quince mil dólares. Quiere completar la prueba el año que viene y conseguir una buena marca de cara al mundial, de aquí a tres años como mucho. Lo va a conseguir. Lo que pasa es que el tío es pesado de cojones, me tengo que aguantar. No estoy durmiendo mucho, pero merece la pena, me paga bien. Sigo dando clases en la piscina. Hace unos días conseguí arreglar la chapa de mi coche, por fin. Está como nuevo. Gasté dos mil reales. El mes pasado fui a la playa, pasé una semana en Farol con Antônia. Aquella pelirroja. ¡Ah!, es verdad, no la llegaste a conocer. Demasiado tarde, nos peleamos allí, en Farol. Y creo que eso es todo, papá. Lo demás sigue igual que siempre. ¿Por qué tienes una pistola en la mesita?

¿Qué tal la pelirroja? Ese gusto lo heredaste de mí.

Papá.

En un momento te explico por qué tengo una pistola en la mesita, ¿vale? Joder, ¿no te das cuenta de que antes quiero conversar un poco?

Está bien.

Hostia puta.

Está bien, perdona.